

HASTA DONDE SE ESCUCHEN LAS CAMPANAS

(Novela-fragmento)

Hildemaro González Manzur

Cuando avanzó hacia el burro, amarrado al garfio de un horcon del corredor, comenzó a rumiar esos recuerdos de mucho antes de que un desamparo muy grande, como a nadie en el mundo, de sus cara, los ojos, le estropeará los huesos, la impregnara de silencios.

Entonces se vio de niña, tomada del brazo de alguien maloliente, derrengado más por la hambruna que por la hinchazón de los pies, metido en un sombrero desecho por agujeros, si los animos de los hombres de armas que había sido, por conseguir respeto y autoridad en los pueblos, atravesando jadeantes un patio nutrido de palos de sombra, endulzado con luna llena, hacia un corredor, que apenas lambuceaba la escasa luz de un mechero, donde acodada sobre una mesa sin mantel, cierta anciana ojerosa, tupida de negro, con los cabellos arreglados con una horquilla, desconjuraba con rosario los martirios, las insolencias, que sin conmiseración fomentó la guerra.

Se acordó que a causa de la descomposición que les produjo la travesía de tantas trochas abiertas a machetazos, al acecho de las fieras, epidemias, sin escurrirse se desgonzaron en un escaño, apoyado al tinajero, donde el abuelo de la anciana por las mañanas cogía sol, contaba las frutas de los árboles, el desbande de los pajaros, aireaba encima de un cuero de tigre un promontorio de morocotas, mientras evocaba los acontecimientos oscuros y espléndidos de su existencia legendaria, sedientos de aguas cosidas para flotar en una tina, dispuestos a beber infusiones restauradoras y sucumbir después a la deriva de un sueño milenario.

Sin embargo, era muy niña para recordar que la anciana se descalzó los pies, resignada a lo que ocurriera, orientada sólo por la superstición, sin reticencia como cuando vio por primera vez, en un bailorío promovido en la casa de enfrente por Apolonia Rengar, que duró todo un fin de semana, al General Ambrosio Astudillo, pero inmersa todavía en un alivio del acto de contrición, con en mechero en alto avanzó hacia el bulto acurrucado, y la sobresaltó aquella cara huesosa, aquellos labios deformados por las molestias de una dentadura postiza, cuyo olor parecido al de tierra de escombros mezclada con sangre humana se hacia irrespirable, y aunque no tuvo la certeza de haberlos visto antes, ni siquiera en el arrebato de

un sueño remoto, penso meterse en su dormitorio en busca de una sábana, pero en eso oyó una voz destemplada por un sopor pesado, *Los perros ladran en la noche.*

Entonces se paso una mano por el cuello, entreabrió la boca, tosió y más allá del corredor, donde la noche seguía intacta, untada de luna, el gargajo hizo plas, asi como las goteras que, en el alero, se encargaron de pudrir el impulso de una rabia, que por un rato la puso morada, le encogió la lengua y de todo corazón reconoció haber escuchado otra vez el último santo y seña, aquel susurrado de rodillas en su altar familiar, un mediodía por el tesorero de la revuelta, que con la languidez de un santero errante, soportando las quemaduras de un cirio encendido, apareció disfrazado de capuchino asegurándole que lo de la rendición no fue algo de cobardía, que no era cierto que por Toro Muerto, en un barco abarrotado de lingotes de oro, traídos a lomo de mula desde la hacienda El Rincón por arrieros que luego fueron degollados y sembrados en fosas comunes poco antes de partir, asi como se vio en los frescos del pintor Cristóbal Ruiz, como lo escucharon en los versos del trovador Chivo salinas, se escabulló antes de los primeros gallos el General Ambrosio Astudillo, maldiciendo por viudas, putas de todos los morideros, y no escatimó esfuerzos, a pesar de su juramento de no volver hablar de guerra ni siquiera de cohetones en tiempos de pascuas, y con cierta altivez, quizás engendrada en la sordidez de su encierro, respondió, *Pero los alcaravanes cantan en las madrugadas.*

Aquella voz árida le infundió mucho sosiego, y a pesar de la hinchazón de los pies, sobrellevada por el empeño de salvar a la niña, de sus huesos molidos, de sus estragos espirituales, orgulloso de haber sido fusilero en la revolución más popular de Kazupal de Cumbre, desde su fundación dos siglos atrás, donde un sablazo le desprendió un abrazo y el nombre, imponiéndole una gusanera que durante meses no lo dejó pegar los ojos, pero sin soportar la vergüenza de hacerse acompañar por alguien a la letrina, se concibió restaurado y ojeando como la luna gateaba, con la palidez de un crepúsculo senil, hacia el interior del corredor, tuvo la sensación de haber regresado pero en medio de la candidez de una alucinación fascinante, en la que el mechero flotaba Magnífico, y por un momento olvido el olor a orine rancio,

a excremento reseco, a llagas frescas, el lloriqueo de meses y más meses, mientras se espesaba el aire en un fuerte olor a moho, y las luciérnagas brotaban en los rincones dispuso a decir tonificado de dignidad guerrera, *No hubo gallo que a su hijo le cantara en la nariz.*

Fue como si la premonición del sueño donde vio a su hijo, encima de una mula, luciendo estribos y espuelas de plata, deslumbrado con la guerrera de galones de oro que siempre ambicionó, con un espadín de cadete al cinto, extendiendo hacia una vaca que comía flores, un brazo tendido de sangre, en medio de un patio húmosos, abarrotado de burros cargados de leña para quemar cadáveres en fosas comunes, le bastó para tener una noción de antemano, pues no estiró en un desmayo ni se puso ronca de tanto llora, como cuando fabricaba, sin levantarse a beber agua, a esperar en la puerta, sentada en una silla, expuesta a tragarse una bala, fumándose el tabaco, que por mas de treinta y cuatro años, al pasar a las tertulias en la casa de la poetisa Blanca Rosa, cada noche, aunque fuera un inviernote colocaba en la ventana de su dormitorio, seguramente como un consuelo a las tantas serenatas que jamás salió ni siquiera a despreciarlo, al negro Grillet, y esperar los atisbos de triunfo que trajera la mula del correo, el traje marcial con que esperaba el jefe de la revolución, abultado de gloria, barullo de un gentío la saco de la máquina de costura para petrificarse al ver una jaula, con harapos de presidario común, aturdido por el mal dormir, por la mahajería gritándole que viejo no brinca zanjón, al general Ambrosio Astudillo, de manera que con cierta parsimonia, nacida en la costumbre de ponerle un vaso de flores al retrato de su hijo, cerca del sable usado por su ídolo en sus tiempos de alférez, exami-naba palmo a palmo, con la instintiva sapiensa de una parurienta, a la criatura disuelta en las ciénagas del sueño, y con mucha sobriedad se echó hacia atrás, soltó los hombros, el resto del aire, asintió va-rias veces con la cabeza, y en la conster-nación de haber encontrado los mismos lunares de su hijo, retenido para siempre, incólum, en el desván de la memoria, en el retrato, en el olor de los baúles ates-tados con sus pertenencias en el último cuarto, por encima del resplandor del mechero, forjando una sonrisa aseguró, *A ese muchacho si le gusta la verija.*